

Saber decir que no

RAMON AYMERICH

LA VANGUARDIA, 7.02.09

El lunes pasado, 2 de febrero, un grupo de financieros se congregaron en la sede barcelonesa del Banco de España, una mole fea y ennegrecida en la parte baja de la plaza Catalunya. Asistían a la inauguración de una exposición sobre el euro y los presentes se apelotonaban frente al subgobernador del banco, José Viñals, y el consejero del Banco Central Europeo, José Manuel González Páramo, que con sus intervenciones dieron paso al cóctel.

Había sonrisas, pero cuando uno se metía entre los corros, entre pinchos de pollo al curry y filomenas de bacalao, el diagnóstico era el mismo. "¡Claro que damos créditos, pero sólo a empresas solventes!", se justificaba uno. "Bueno, es verdad que ahora están todas un poco tocadas", replicaba su interlocutor. "Quizás las que exportan...". "¡Las que exportan están igual o peor!", saltaba otro.

Los más felices - ¡quién lo iba a decir! - eran los representantes de las cajas de ahorros más pequeñas. "Bueno, al menos nosotros hemos podido presentar caídas de beneficios de más del 20%, que los bancos, como tienen accionistas...". "Claro, es que te viene el cliente, te dice que ya no sabe cómo pagar las nóminas y cuando tú le dices que la situación está mal para todos, va y te saca un recorte de prensa con los millones de beneficios de este o aquel banco. ¡Y no sabes dónde esconderte!".

A esa misma hora, a más de 600 kilómetros, Miguel Martín, presidente de la AEB, la patronal bancaria, declaraba que los bancos españoles son más

víctimas que verdugos y culpaba al Gobierno de no haber diagnosticado la crisis a tiempo. Lo hacía horas antes de que Rodríguez Zapatero se reuniera con los mayores banqueros del país y de que a Miguel Sebastián se le acabara la paciencia.

La leyenda señala a los banqueros - y a los cajeros- como tipos adustos; secos y cortantes cuando tienen que decir que no. No están ahí para despertar simpatías, sino para pagar barato por el dinero que reciben y cobrar caro por el que prestan. Y con ello pagar a sus accionistas o la obra social. En unos tiempos en los que las propias entidades tienen dificultades para captar dinero y cuando lo captan lo pagan caro, es incluso plausible su actual comportamiento.

Pero una cosa es decir no y otra es no asumir que también han alimentado la burbuja inmobiliaria y propiciado, a su manera, la falta de diagnóstico ante la crisis. Este es un país que ya no condena la riqueza ni la ostentación, como sí ocurría en la década de los setenta. Es una sociedad que condena el populismo, al que son proclives los gobiernos. Pero todo el mundo está de acuerdo en que esta no es una crisis cualquiera. A los gobiernos les toca buscar soluciones imaginativas y a los bancos, colaborar. Las posiciones arrogantes no son comprensibles para la opinión pública. Como tampoco entiende que pedir un crédito y obtenerlo se haya convertido en algo excepcional.